

En trance

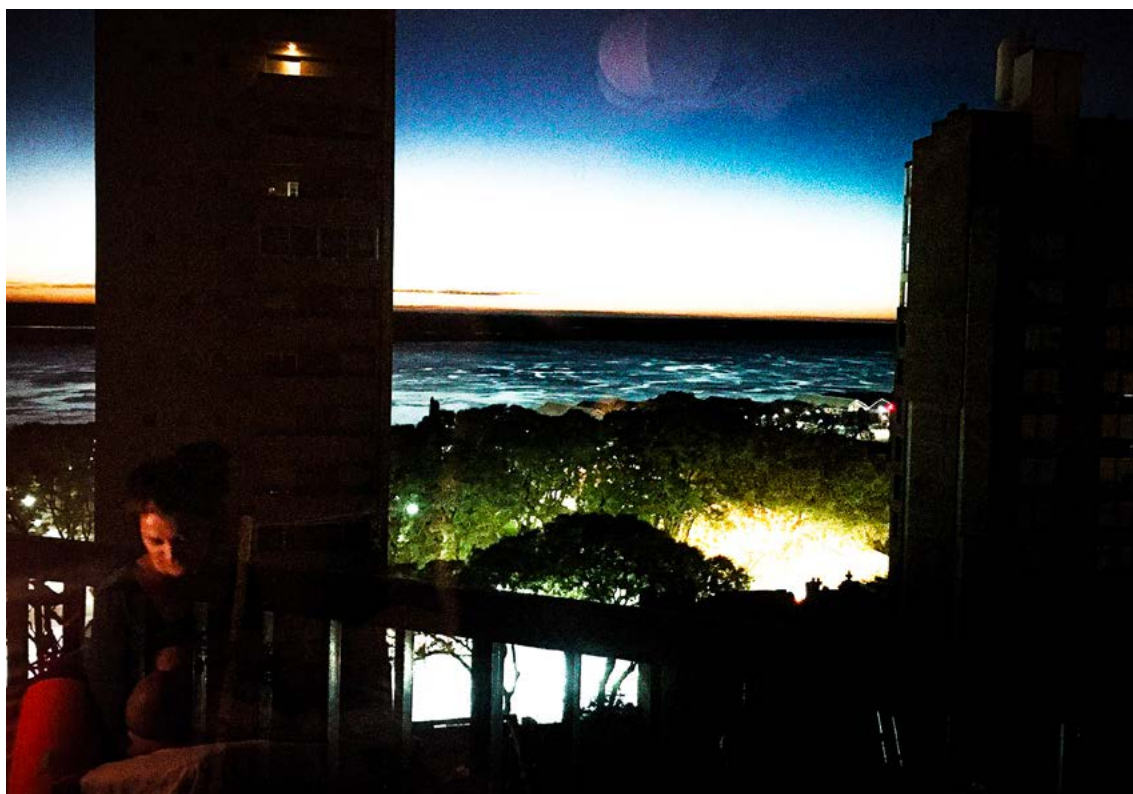


Gustavo Postiglione

Miro por la ventana y las calles tienen miedo. Todo desaparece, pero seguimos allí, escondidos o asomados a las ventanas, a las terrazas. La belleza de la ciudad vacía, ciudad ausente o ciudad de ausentes. Es marzo, es 2020, y todos nos preparamos para algo que solo hemos visto en películas o en geografías muy lejanas. El enemigo no se ve, está ahí afuera, como en *La niebla* de Carpenter, como los *walking dead* que acechan en los parajes abandonados por la civilización. “La civilización”, un término que parece no tener sentido hoy. “La civilización” nos transforma en el objetivo del virus. Nos refugiamos porque no tenemos opción, nos refugiamos y nos conectamos. Estamos en red. Estamos en red los que tenemos Internet, los que tenemos datos en los teléfonos móviles, pero están los otros, los marginados eternos a los que las redes y la civilización los olvida en todos los manuales de Historia.

El miedo como amenaza invisible. Deambulo. Con familias aquí y allá, con el futuro a cuestas mientras reviso el pasado. ¿Qué hacemos? ¿Qué hago? ¿Cómo sigue la vida? No es solo en mi ciudad ni en mi provincia ni en mi país, es en el mundo entero. No hay lugar donde escapar, no hay refugio más que mi propio hogar, que mi propio universo íntimo, familiar, afectivo.

Antes de la cuarentena podía escribir. Tenía la costumbre de ir a bares por las tardes con mi computadora portátil. El aislamiento me impidió concretar la tercera obra de teatro de una serie de pequeñas piezas. Supuse que el tiempo, que hoy transcurre más lento, iba a potenciar la escritura, como la lectura o el visionado de películas. Pero ni una cosa ni la otra, es como si la cuarentena hubiera puesto en



Gentileza Gustavo Postiglione

pausa lo que el movimiento constante del día a día permitía hacer a pesar de la cantidad de obligaciones que nos atribulaban en el hoy del ayer.

Pero me pregunto, ¿qué hacer? Si esto pasa, si esto se termina, si esto sucede como un coletazo más del mundo trastabillante, ¿qué sucederá después? ¿Qué pasará cuando volvamos a las calles? ¿Qué sucederá en el futuro incierto cuando un niño que haya nacido en este momento nos pregunte “¿Dónde estabas cuando el mundo se detuvo?” Mi respuesta no será “solo me la pasé mirando por la ventana de mi televisor”. Mi respuesta será una película, un film, un ensayo. Película disparada por una pregunta futura, film pensado para una niña o niño por venir. Proyecto que dé cuenta del movimiento que el propio hacer genera en un artista.

Distanciamiento primero, aislamiento después. Muros invisibles, nuevas fronteras. ¿Cómo hacer la película de la pandemia? Habrá muchas películas, series, documentales, programas de televisión, ficciones, no-ficciones, tratados filosóficos, debates políticos, sociales, científicos y religiosos. Y todos se verán por las pantallas, o por *La Pantalla*, porque hoy somos pantalla, la misma para todos y para todas. Y la ventana está ahí y el balcón que mira al río o la terraza desde donde veo la silueta de una ciudad en disputa entre la metrópoli y ese pueblo grande que hace tiempo dejó de ser. Ahí en la observación de esa geografía y de las personas que habitan esos espacios me surge la idea de una película de la pandemia o *película pandémica*. Pero, ¿hará falta un film más entre tantos que surgirán? ¿Debo renunciar a mi proyecto? ¿Cuál sería la marca distintiva? Quizás la mirada personal es lo que sustente mi idea. “*C’est la difference*”, dijo ese personaje que ya no me acuerdo. La mirada propia es lo que hace única y diferente una propues-

ta. Pero yo quiero proyectar no solo mi mirada sino ir más lejos, por fuera de mi espacio barrial o urbano ¿Cómo estar en los ojos de aquellos a los que no puedo llegar, porque llegar supone un riesgo para todos?

Miro la lista de contactos de mi teléfono. Llamo y me conecto con realizadores, escritores, músicos, actores y una variedad de personas a las que les pido que me envíen imágenes de su encierro, de su cuarentena. El mundo está bajo llave, por lo tanto, todos miramos desde un mismo y a su vez muy diferente lugar en un escenario planetario e individual. Pero no les pido que me muestren su intimidad ni su diario personal. Les solicito que me digan lo que ven, que me manden lo que sus ojos observan desde el encierro, desde la puerta de sus casas, desde las ventanas o desde los pequeños recorridos que están autorizados a realizar.

Pero esto no es un registro documental o una indagación basada en algún tipo de muestra que dé cuenta del conjunto de una zona con sus matices demográficos, sociales y culturales. La película es un film libre y arbitrario en su concepción. Dirijo la película desde mi casa e invito a cientos de contactos que a lo largo de los años, por la vida y la profesión he reunido en mis redes sociales. Desde el WhatsApp, el Facebook, Instagram o Twitter. Comunicación, conexión y red, una marca de la época. Y la época nos interpela, entonces invito, desafío, les hablo a muchas personas que me responden con sus imágenes. Algunas con la crudeza del directo. Otras con la poesía del artista que las crea. Otras con la sensibilidad del que se siente desorientado o simplemente cuestionado por el tiempo que altera lo cotidiano. Trabajo desde la primera persona, por eso mismo me lo propongo como un ensayo, ya que las fronteras entre la percepción de lo real y el registro de lo real están marcadas por una mirada personal sumada a las miradas de un colectivo de personas que me conceden sus imágenes para que yo pueda integrarlas a la mía y así, dialécticamente, lograr una obra que nos trascienda a todos.

Veo lo que llega a mi teléfono o a mi mail. Descubro que más allá de las distancias hay puntos de vista que se repiten, porque los espacios también se repiten, salir a un balcón en Rosario o Madrid tiene similitudes, pero también las tienen las imágenes de una casa de campo de Santa Fe con otra de Israel, de la campiña francesa o los campos de Alemania. Las imágenes emocionan porque hay una sensibilidad en cada ojo que mira. El virus nos sacó del confort y nos colocó en el sillón de las emociones incómodas.

Los meses avanzan y la balanza va y viene. El 20 de marzo se transformó en el 20 de julio y las tomas se acumulan en mi disco rígido y estas palabras quizás sean las primeras que se escucharán o leerán en este film que escribo sobre el papel virtual.

El proyecto supone una instantánea, de un momento en la vida del planeta, pero el momento se extiende y la instantánea se transforma en permanente. Las imágenes del comienzo son las mismas que las de hoy y tal vez las de mañana. Pienso en la permanencia de la pandemia y a su vez en la extensión de la película. Imagino que uno solo de los planos, en un *loop* permanente, podría ser representativo de todo lo que vivimos. La repetición del día a día, de la noche hacia la mañana. *El día de la marmota* y la fractura de las estructuras de la industria cultural. El espectáculo en su concepción de show muta hacia otras formas porque está contaminado. Nada más contaminado que las expresiones artísticas colectivas. El virus atravesó el cine, la música y el teatro hiriéndolas como pocas veces lo hemos visto

desde la Segunda Guerra Mundial. El mundo del entretenimiento como lo conocíamos se transformó y quienes participamos de ese juego hoy sentimos que estamos en el objetivo de un rifle de mira telescópica cargado con COVID-19. Tenemos que sumar el peligro a una profesión donde la base del trabajo está relacionada con la cercanía, el contacto humano y lo lúdico.

Debemos pensarnos como parte de la mutación de los hábitos culturales, como pioneros de un cambio forzoso que pone en riesgo la vida. Todos podemos ser víctimas y todos podemos ser asesinos. Una canción aparece en una lista de temas: “La pregunta es quien está dispuesto a matar, quien está dispuesto a morir, quien va a defenderte de mí, quien está dispuesto a luchar por lo que no vale nada”. Babasónicos, el video clip tiene una estética postapocalíptica, y la canción es de 2018. Pero bien podría ser parte de la pintura de la época.

Los casos aumentan y la curva crece, aunque hace un par de semanas pensábamos que los parques y las plazas podían entrar en la nueva normalidad.

La normalidad nueva. Pensarnos como normales nuevamente o como nuevos normales, es algo que excede cualquier categoría sociológica. ¿Qué significa la normalidad en una realidad donde los parámetros del entendimiento social son tan disímiles que parecen formar parte de pueblos diferentes? Pero el virus nos une planetariamente y atravesarlo nos conduce a un punto de encuentro donde el pensamiento crítico, los hábitos y costumbres y la solidaridad y el egoísmo aparecen como protagonistas de esto “nuevo” que vivimos.

Entonces trato de encontrar eso en las imágenes que me llegan. Busco en la mirada individual el rasgo de esa idea colectiva que puede dar algunas respuestas a las incertidumbres de este tiempo histórico, o quizás plantear nuevas preguntas.

El amanecer me regala todas las mañanas la vista de ese río tan caudaloso y ancho, pero que permite ver el otro lado de la costa. Un barco atraviesa el horizonte, tiene el nombre de un lugar lejano. Filmo su movimiento, tarda un poco más de un minuto en atravesar el cuadro. La luz de la mañana impregna el lugar de esa calidez que acompaña la calefacción en un invierno tímido. Miro hacia el costado y está ella, con casi dos meses de vida, es una de las niñas nacidas en cuarentena, es una criatura que llegó en el momento en que estábamos en peligro. Ella, que todavía no comprende qué hace en la Tierra y que con sus pequeños ojos descubre un mundo diferente al que suponíamos iba a conocer. Ella será una de las voces a las que responder a esa pregunta futura y por la cual esta película podrá tener algún sentido.

BIO

GUSTAVO POSTIGLIONE



Nació en Rosario (provincia de Santa Fe), en 1963. Realizador, productor y guionista de cine y TV; autor teatral; docente. Egresó de la carrera de Comunicación Social, de la Universidad Nacional de Rosario, en la que se desempeña como docente, tras ocupar cargos de dirección académica.

En cine dirigió, entre otras películas, *De regreso (el país dormido)*, su primer largo que, además, fue la primera producción cinematográfica rosarina; *El asadito* (2000); *Insensatez* (2001); *El cumple* (2002); *Miami RMX*, ensayo filmico (2004); *Tremendo amanecer* (2004); *La peli* (2007); *Días de mayo* (2009); *Lejos de París* (2013); *Brisas heladas* (2015). Participó en el film colectivo *Fontanarrosa, lo que se dice un ídolo* (2017, episodio “Vidas privadas”).

Para la televisión, escribió, produjo y dirigió los ciclos *El remisero* (miniserie), *Huellas* (serie), *Por un color* (documental), *Ensayo sobre Macbeth* (unitario), *Pasajero* (miniserie).

En 2003, adaptó, dirigió y montó la versión teatral de su filme *El asadito*.

En 2011, escribió y dirigió la obra *Algo sobre el amor*.

Artista que se resiste al encuadre unívoco, Gustavo Postiglione explora modos de expresión, formas y lenguajes con la libertad de que se siente cómodo en la incertidumbre.